

mente si no la comprendia, la positiva superioridad é innegable y siempre victorioso carácter consecuente de la religion católica comparada con la arriana. La religion católica es la expresion mas perfecta de las ideas cristianas, ya por su consecuencia dogmática, ya por su organizacion jerárquica tan acabada; y esta superioridad estaba probada tanto en todo el Oriente, como en Italia, en la Galia y en España, en el mismo reino visigodo, donde á pesar de las muchas y constantes persecuciones, muy léjos de haber perdido terreno, habia aumentado el número de sus partidarios, mientras el arrianismo, tan protegido por los reyes, no habia ganado nada y al contrario habia perdido mucho. En efecto, mientras los habitantes católicos conservaron firmes su fe perseguida, hacia esta fe cada dia nuevos prosélitos en el pueblo visigodo, conforme lo prueba el número siempre creciente de partidarios visigodos en las sucesivas sublevaciones católicas, y sobre todo en la última de Hermenegildo, y mucho mas todavía la insignificante resistencia que experimentó Recaredo en las conversiones que fomentó entre los suyos, y que no habrian sido tan fáciles y generales si la mayoría de los visigodos no hubiese estado ya inconscientemente madura para este cambio. Se ha dado muy poca importancia al hecho, notable sin embargo, de citarse ya antes de la conversion general entre los obispos católicos *godos de noble cuna* como por el año 570 Beltran de Cádiz, luego Mansona de Mérida y en 575 Bado de Granada. No es ciertamente un pequeño mérito para Recaredo el haber conocido y héchose cargo de este estado de las conciencias y el haber obrado enérgicamente en consecuencia. Esta sagacidad y decision honrarian al estadista mas célebre. Con mucha razon se han atribuido estos progresos del catolicismo, por una parte al sistema variable é inconsecuente de los reyes que tan pronto le perseguian con crueldad como le trataban con tolerancia, y al del clero arriano que cambiaba y rectificaba continuamente sus dogmas y hacia concesiones que no daban mas resultado que socavar la conviccion de sus adeptos; y por otra á la imponente é invariable consecuencia de la religion católica, que en los mayores peligros y en las situaciones mas angustiosas jamás se separó un ápice de su sistema y organizacion magistral, facilitando además admirablemente el ingreso en su seno. A todo esto se agregó la incorporacion del reino suevo, que aumentó súbitamente el elemento católico en el reino visigodo con una numerosa poblacion de raza germánica de grande afinidad con la visigoda pero católica, y á la cual convenia fundir cuanto antes con la masa nacional, cosa imposible si continuaba la divergencia de cultos y creencias y con ella la imposibilidad de matrimonios entre ambos pueblos.

A todas estas razones se agregaba otra razon de Estado poderosísima: la necesidad que tenia la corona de apoyo en frente de una nobleza discol; y este apoyo solo podia encontrarse en la nobleza eclesiástica, en el episcopado católico, mas organizado, mas instruido, mas rico é influyente y mas pronto á obrar de consuno que la nobleza secular, á la cual solo era posible domeñar con medidas brutales y sangrientas y mientras estas se aplicaban. Esta inferioridad y este carácter discolo de la nobleza germánica fueron la causa de la ruina de todas las monarquías que los germanos fundaron en medio de las poblaciones y provincias romanas, porque cuando se trataba de resistir á enemigos exteriores no podia contarse con esta nobleza versátil, mientras la eclesiástica no estaba organizada para esto; y así es que el báculo del obispo fué solo una débil caña que se quebró cuando los obispos le trocaron por la espada y lanza del guerrero contra los invasores mahometanos.

No puede dudarse que todas estas razones debieron influir

en la mente del rey mas ó menos clara y distintamente; ni se le podia ocultar que el paso que meditaba exigia grandísima prudencia y fino tacto, en los cuales el sagaz historiador distingue con facilidad los manejos y la marcha tradicionales del clero católico. El rompimiento con todas las tradiciones del pueblo visigodo y de la política de sus reyes, sobre todo del que acababa de morir, era demasiado súbito y completo para no espantar al todavía numeroso partido de arrianos fanáticos cuya primera fila formaba el mismo clero, muy poco dispuesto á pasar de repente de opresor á oprimido, porque los visigodos no entendian de tolerancia; no imitaban en esto á sus hermanos los ostrogodos en Italia; y cuando no podian perseguir ó dominar, sabian que segun su carácter y costumbres eran perseguidos y tratados como esclavos.

Convenia ante todo quitar toda sombra de desobediencia y desprecio del hijo respecto de los principios sustentados por su padre y por él mismo hasta entonces. Para esto el mejor medio era hacer ver que todo esto dimanaba ya del rey difunto que lo habia dejado preparado. Cooperaba á este plan el hecho, muy natural y creible, de que el noble anciano se habia arrepentido en sus últimos momentos de haber dado muerte á su hijo, y de aquí á añadir y esparcir la voz, segun se dice por primera vez en las cartas del papa Gregorio el Grande, amigo del arzobispo Leandro, de que el rey al propio tiempo se habia arrepentido de su política anti-católica, causa de aquella terrible catástrofe, no habia mas que un paso. Dado este paso, fácil era añadir que el rey, consecuente con su arrepentimiento, se habia afiliado en secreto á la religion por él tan injustamente perseguida; que no habia tenido valor bastante para hacer pública su conversion, pero que habia mandado instruir á su heredero Recaredo en el dogma católico, nombrando para ello al mismo arzobispo Leandro, alma, consejero y director de todos los actos del desgraciado Hermenegildo, y uno de los enemigos mas peligrosos del mismo rey. Así lo refiere el papa Gregorio, y los actos tan repetidos de hipocresía de Leovigildo y su benignidad con los católicos despues de la sublevacion de su hijo hacen todo esto muy creible.

Lo que hay sin embargo de cierto y averiguado es que el hábil metropolitano Leandro dirigió la marcha de esta transformacion magna, y así lo indican los autores contemporáneos y los mismos hechos. Así tenemos en este Leandro el primero de los muchos príncipes de la Iglesia que desde entonces dirigieron la política de los reyes y los destinos de la península ibérica (1).

Estos preparativos y estos rumores esparcidos acerca de Leovigildo coincidieron con un hecho igualmente bien calculado; la muerte por mano del verdugo con circunstancias infamantes de un tal Sisberto que habia sido el que mas participacion habia tenido en la ejecucion de Hermenegildo, porque el caso era que habiendo Recaredo asegurado en nombre de su padre á su hermano que podia sin temor alguno abandonar el asilo sagrado adonde se habia acogido, debió de ser bastante vergonzoso para el rey el convertirse á la misma religion por la cual habia visto morir á su hermano con los brazos cruzados, á pesar de su juramento; aunque no era de ningun modo responsable de su muerte. Así venia por lo menos á presentar una especie de reparacion de su conducta anterior y una prueba de amor fraternal con el castigo del verdugo de su hermano, y de paso que confirmaba hasta cierto grado el cambio que se habia opera-

(1) No hay que perder de vista que el arzobispo de Sevilla era tío de Recaredo á quien habia instruido, como á Hermenegildo, en la religion católica. (N. del T.)

do en el modo de pensar de su padre antes de morir, animaba á los católicos y atemorizaba á los arrianos.

Finalmente es lícito suponer que las muchas plagas y fenómenos terribles que ocurrieron casualmente en aquella época se atribuyeran á castigos de Dios por la persecucion de los obispos y la sangre vertida del príncipe mártir, á fin de conmovier y espantar los ánimos supersticiosos, porque poco despues de la muerte de Hermenegildo conmovió un gran terremoto los cimientos de los Pirineos, y nubes de langostas devoraron las cosechas del país de Toledo.

A pesar de todos estos preliminares era prudente prepararse á mas ó menos resistencia por parte del clero arriano y de sus partidarios mas fanáticos. En su consecuencia Recaredo trató de hacer la paz y de establecer buenas relaciones, y aun alianza con los reyes francos, los enemigos mas temibles y acérrimos de la religion arriana y del pueblo visigodo. Al mismo tiempo quiso aprovechar la ocasion para cambiar radicalmente la posicion de la corte visigoda en frente de las disensiones de la familia merovingia; eligiendo por mediadora á su madrastra Gosvinda madre de Brunquilda y abuela de Childeberto, con la cual se habia puesto en buen pié, mientras ella por su parte fingia haberse reconciliado tambien con la religion católica.

Gontram no quiso oír hablar de reconciliacion, porque además de acordarse de las derrotas sufridas, no podia renunciar al hermoso país de la Septimania, y se negó á recibir la embajada de Recaredo que llegó solo hasta Macon, donde hubo de volverse atrás, lo que aumentó el rencor entre godos y borgoñones con interrupcion de toda comunicacion entre los dos países excepto los encuentros armados, las devastaciones y saqueos de distritos fronterizos, en una de cuyas excursiones los visigodos llegaron hasta la décima piedra miliar de Arlés.

Childeberto no fué tan adusto; entre él y Recaredo se establecieron relaciones de íntima amistad, gracias á la participacion confidencial del proyecto de conversion de Recaredo; así á lo menos es de suponer:

Asegurado por este lado, pusieron el rey y Leandro vigorosamente manos á la obra. Aun no hacia un año que habia subido al trono, cuando el hijo de Leovigildo convocó á los obispos arrianos y católicos á una controversia religiosa en Toledo donde los representantes de una y otra religion debian aducir pruebas para fundar sus respectivos dogmas. Claro es que nadie se hacia la ilusion de que sus razones serian tan convincentes é irrefutables que persuadieran á todos y les hicieran convertirse á su religion; pero todo el mundo sabia que el resultado de la discusion estaba fijado ya de antemano; y efectivamente al final declaró el rey que tanto por razones espirituales como por motivos *terrenales*, unas y otros de mucho peso, se veia inducido á convertirse al catolicismo.

Veamos ahora cuáles eran los motivos terrenales, confesados con tanta sinceridad, que contribuyeron á tan trascendental determinacion.

Luego se vieron: gran número de nobles visigodos se convirtieron juntamente con el rey, cuyo ejemplo siguieron despues gradualmente las masas del pueblo, gracias tambien á la facilidad que la Iglesia católica les daba para su conversion renunciando á la repeticion del bautismo, cuyo acto habia retraido por cierto á una parte muy considerable; sustituido por la simple imposicion de manos y bendiccion de un sacerdote ortodoxo, perdía toda su aspereza y repugnancia. El rey se sometió el primero á tan sencilla ceremonia y se dejó bendecir y unguir; con él se convirtieron la mayoría de los obispos arrianos presentes, aunque posteriormente se manifestaron en esta clase algunas resistencias; anomalía que

hace suponer que estos arrianos mas celosos, no debieron de asistir á la controversia cuyo objeto, tendencia y resultado les debian ser conocidos; pero á pesar de estas demostraciones en contra, se ve en estos sucesos lo mucho que habia progresado ya entonces el catolicismo.

En seguida envió el rey una nueva embajada á Childeberto para anunciarle su conversion, y de paso solicitar la mano de Clodosvinta, hermana del rey franco y de Ingunda, viuda de Hermenegildo, entregando de parte de Recaredo riquísimos presentes, entre otros el principal de 10,000 sueldos (aproximadamente 150,000 pesetas).

Puede juzgarse de la importancia que se daba entonces á la religion sabiendo que Childeberto, habiendo prometido solemnemente la mano de su hermana á Autaro, rey de los longobardos, pero tambien arriano, no titubeó en faltar á la palabra empeñada y la concedió al pretendiente católico, salvo el consentimiento de su tío Gontram. Este por lo pronto se mostró, como puede pensarse, del todo esquivo, dando por contestacion á los embajadores que no podia tener confianza en gente que habia permitido el cautiverio y muerte en lejana tierra (Constantinopla) de Ingunda, y entregado á su esposo al verdugo, y que hasta haber vengado estos agravios no admitiria embajada alguna. Inútil fué que Recaredo se ofreciera á probar su inocencia respecto de estas culpas, por juramento ó de otra manera; lo que queria Gontram era tener motivos de venganza, es decir, de hacer depredaciones, y en verdad no perdía ocasion de realizar cuando podia.

Hubo las sublevaciones de costumbre entre los nobles pequeños tiranos, sublevaciones que naturalmente desde la conversion del rey llevaron el sello esencialmente arriano, ya que uno de los motivos *terrenales* de aquella conversion, era tener cuanto antes una nobleza influida por el clero católico; pero todas fueron reprimidas con el vigor que exigía la creciente dignidad real. No faltaban á la nobleza arriana motivos de odio y de disgusto, porque de resultas del nuevo orden de cosas hubo de quedar excluida de todos los empleos y cargos de palacio, de la administracion civil y del ejército. No fué menos irritante la medida que se adoptó de quemar todos los libros arrianos, cuya falta nos induce ahora á ser injustos con esta religion, suponiendo á su clero muy inferior al católico y acusándole de no haber producido escritores y una literatura notables; cosas que no sabemos á ciencia cierta despues de haberse aniquilado escrupulosamente todo lo que produjeron los arrianos en el campo de la inteligencia.

Tres fueron las sublevaciones principales que se sucedieron una á la otra apenas sin interrupcion, por supuesto dirigidas todas por obispos arrianos. La primera ocurrió en la Septimania, país por costumbre de dudosa fidelidad. Allí muchos visigodos se habian hecho católicos á invitacion del rey; pero los refractarios, capitaneados por los condes Granista y Vildigerno, se sublevaron para destronar al rey, dirigiendo todo este movimiento el obispo arriano Ataloco (quizás idéntico con Atalaico), hombre tan celoso y erudito que habia merecido ser llamado otro Arrio. Esta conspiracion fué muy del gusto de Gontram de Borgoña, que con la esperanza de quedarse con algun trozo del codiciado país bañado por el Ródano, la apoyó sin acordarse de su celo católico ni de su odio mortal á los *repugnantes* herejes. Recaredo acabó luego con esta revolucion haciendo prisioneros á muchos borgoñones de Gontram, causando grandísima satisfaccion á los españoles, que en todos los pueblos y plazas celebraron con fiestas públicas tan brillante victoria, mientras Ataloco, el sabio arriano, moria de pesar al ver la desercion de sus adeptos y la destruccion total de su Iglesia. Habianse levantado simultáneamente con los anteriores los arrianos de Mérida y su distrito, bajo la direccion de su obispo Suna y guiados

por los tres condes Segar, Viterico y Vacrila; pero esta revolución, dirigida a la vez contra el Estado y la religión oficial, fué sofocada con mucho talento y prontitud por el obispo católico de Mérida, Mausona, que acababa de volver victorioso de su destierro, asociado a un tal duque Claudio, y ambos auxiliados por los correspondientes y oportunos milagros que Santa Eulalia se apresuró a hacer en favor de su piadoso protegido. Uno de ellos fué paralizar súbitamente el brazo del conde Viterico en el momento en que iba a atravesar con su espada el pecho del obispo a la misma puerta de su basílica, milagro que impuso tanto al campeón arriano, que delató la conspiración.

Al obispo Suna, que fué hecho prisionero, se le ofreció una silla episcopal si se hacía católico; pero el venerable prelado arriano contestó: «Ignoro lo que es arrepentimiento; católico no me haré, viviré y moriré con alegría por la fe que he confesado y servido desde mi infancia.» Tan *terca perversidad del maligno espíritu* le mereció ser echado al mar en una embarcación carcomida; pero se salvó y llegó con felicidad a África, donde predicó y convirtió a muchos a su fe, muriendo finalmente en paz en Francia.

La tercera revolución arriana ocurrió en el mismo año y fué dirigida por Gosvinda, la fanática reina viuda, que al principio, cediendo a las instancias de su hijastro, había aceptado el culto católico, pero amonestado por el obispo arriano Uldila, se decidió a perder a Recaredo, como había perdido al hermano de este, Hermenegildo, y a su esposa Ingunda. En este propósito le prestó eficaz auxilio otra vez el celoso católico y enemigo de los arrianos, el rey de los borgoñones Gontram. Descubrióse la conspiración; Uldila fué desterrado, la anciana reina, apasionada arriana, se dió la muerte o quizá murió en un arrebato de ira y de despecho, pues que las palabras del cronista *vita terminum dedit* son algo vagas, bien que excluyen desde luego toda suposición de muerte por mano de verdugo; y el último y mas recio esfuerzo de Gontram para apoderarse de la Septimania fué tan radicalmente rechazado, que el pueblo todo consideró la brillante victoria alcanzada por Recaredo como una recompensa de Dios por su conversión. Motivo había para ello; porque el ejército que había penetrado en el territorio visigodo a las órdenes de los dos generales francos Austrovaldo de Tolosa y Boso, constaba de 60,000 hombres, y se había ya apoderado de Carasona cuando el ya citado duque Claudio logró atraer a Austrovaldo (Boso ya había muerto) a una gran emboscada, donde le derrotó tan completamente que quedaron 5 ó 9,000 (en esto discrepan los autores) de sus hombres muertos en el campo de batalla; el vencedor hizo 2,000 prisioneros y persiguió a los fugitivos hasta muy adentro del territorio de los francos. Recaredo conmemoró esta jornada acuñando monedas de oro alusivas, y desde entonces tuvo paz con muy pocas interrupciones, porque ni Gontram ni sus sucesores volvieron a repetir sus tentativas sobre la Septimania. Alzóse después contra el rey un conde Argismundo; pero fué vencido luego. Los vascos emigrados, alentados por la conversión del rey, volvieron de Francia para instalarse de nuevo en sus abandonadas propiedades, que entre tanto se habían cedido a nuevos colonos, a los cuales trataron de expulsar a la fuerza cuando se les negó su pretensión; pero fueron acorralados y arrojados otra vez al otro lado de los Pirineos. Las luchas con los bizantinos cesaron por sí solas paulatinamente, al parecer sin necesidad de un convenio de paz en regla, porque desde la conversión del rey encontraron en los obispos católicos del reino visigodo, en lugar de aliados, solo amigos celosos del rey y de su gobierno.

Una vez dirigióse Recaredo al papa Gregorio suplicándole le facilitara los tratados habidos entre el difunto empera-

dor Justiniano y el reino visigodo, probablemente cuando reinó Atanagildo y referentes a la fijación de límites entre ambas naciones; pero el papa le contestó que un incendio había destruido el archivo donde se guardaban estos documentos «desfavorables» y aunque no fuese así preferiría no sacarlos a luz; lo que significaba que las fronteras de aquel tiempo eran mas ventajosas que las anteriores para los visigodos, cosa muy creíble atendidas las conquistas de Leovigildo por aquel lado. Prueba esto que las relaciones entre el papa y Recaredo, aunque reducidas, eran amistosísimas y con mucha razón porque la conversión del rey y de los godos no podía menos de excitar vivísima alegría en Roma, no quedando ya otro pueblo germánico partidario de la religión arriana mas que los longobardos, en cuya conversión trabajaba el papa con muy buen éxito, ayudado en esta tarea por su amiga la reina Teodelinda. Hasta la época de Clodoveo, es decir 90 años antes, eran todas las ramas germánicas en contacto con el mundo romano, arrianas ó gentiles. Merecen citarse los regalos que se cambiaron entre el papa y el rey, porque dan alguna luz sobre las costumbres é ideas de la época. Figuran entre ellos 300 vestidos que Recaredo mandó al papa para distribuirlos entre pobres y frailes, y un cáliz precioso con piedras finas engastadas; el papa respondió a estas atenciones con un pedazo de la cadena de San Pedro, algunos cabellos de San Juan Bautista, astillas de la Santa Cruz, y el palio para Leandro el valiente metropolitano de Sevilla a quien el papa Gregorio había tenido ocasión de conocer personalmente cuando el arzobispo estaba desterrado en Constantinopla. Este hombre enérgico y sabio que se captaba todas las voluntades, tuvo la fortuna de ver realizados en vida todos sus atrevidos proyectos después de prolongadas y penosas luchas. Él fué quien después de la conversión de Hermenegildo dirigió todo el movimiento católico, vencedor a pesar de los grandísimos esfuerzos y aun victorias alcanzadas en contra por el gran rey Leovigildo. Él fué quien hizo contraer al rey y al papa sincera amistad, y bien mereció del rey que le recomendara al papa como acreedor a las distinciones mas elevadas. En su correspondencia con el papa llama Recaredo a su anterior fe «herejía inicua» y solicita la bendición del sucesor de San Pedro para sí y sus pueblos; el papa accede, pero no sin aconsejarle que sea siempre «humilde», y a Leandro encarga que vele cuidadosamente por «su hijo comun».

La historia interior del reino visigodo demuestra la influencia que tuvieron en la vida del pueblo sus reyes y gobiernos, y la dirección que le dieron. El gobierno de Recaredo produjo un cambio total y decisivo en el destino de su pueblo. Todas sus acciones y de consiguiente también su conversión al catolicismo, reconocieron por blanco en primera línea la fusión de los elementos, visigodo, romano y español ó ibérico; y por esto dice de él un cronista: «Concedió a los españoles y romanos los mismos derechos que tenían los godos.» En segundo lugar procuró hacer servir al alto clero de contrapeso a la nobleza, y con esta tendencia reunió el tercer concilio de Toledo bajo la presidencia de Leandro y de Mausona en el año 589, concilio donde se reunieron 62 obispos y que fué el punto de partida para el desarrollo de los nuevos destinos de la nación. Aquel concilio fué una *Asamblea nacional*; pero en estas asambleas, el episcopado, el clero, que respecto de los legos estaba en una mayoría de cuatro ó cinco por uno, y que además por su educación y su elevado carácter era superior a aquellos, debía naturalmente tener la preponderancia. Confirmóse en esta asamblea la condenación del arrianismo, cuyos sectarios fueron anatematizados, y el rey, la reina y los nobles presentes hicieron su profesión de fe ortodoxa. El concilio además dió algunos

decretos, fuera de la esfera eclesiástica que el rey en parte mandó incluir en su código. Por medio de los obispos pudo tener a raya a la nobleza díscola alta y baja; pero la mitra del obispo sobresalía indudablemente sobre la corona del rey; los obispos mandaban en el Estado y la imprimieron un sello enteramente eclesiástico, acostumbrándole, a lo menos en la legislación cuando no en la vida práctica, a una civilización superior, como la que habían alcanzado otros Estados germánicos, pero civilización en gran parte artificial y senil. La mayor parte de los pequeños propietarios libres quedaron convertidos en siervos de la Iglesia; los reyes fueron sometidos a tutela, ó si se resistían, destituidos. Así se enervaron las fuerzas del Estado, estableciendo en España prematuramente el ideal eclesiástico de la Edad media. Cien años bastaron de este sistema para corromper hasta el corazón del Estado visigodo.

Es posible que este Estado se hubiera conservado y desarrollado según su índole original y tradicional si hubiera tenido una serie de reyes del talento y admirable energía de un Leovigildo; pero Recaredo a pesar de sus buenas intenciones y excelentes dotes, con el cambio radical de política arrojó al pueblo visigodo en la órbita donde debía encontrar su completa ruina. La diferencia entre padre é hijo impresionó vivamente a sus contemporáneos que por supuesto prefirieron el segundo al primero, tachando a este de duro, codicioso, incrédulo y perseguidor cruel de los católicos, cuando solo fué salvador vigoroso y severo del reino, económico y previsor por sistema, ilustrado en lo tocante a las relaciones entre el Estado y la Iglesia, y feliz vencedor de rebeliones religiosas. En cambio ensalzan de Recaredo el gobierno benévolo y su liberalidad para fundar y dotar iglesias y conventos. Un autor le describe: «El hijo, extremo opuesto de su padre, antítesis de aquel imponente guerrero sin religión, fué grande en la paz, creyente y devoto; el padre ensanchó el reino con las armas, el hijo lo engrandeció con su fe; era un corazón blando y condescendiente; su cara reflejaba tanta bondad, que los perversos no podían menos de amarle, y colocó sus tesoros allí donde los intereses consistían en la gratitud del pobre.» Como su vida fué su muerte, piadosa y acompañada de un público arrepentimiento de todos sus pecados.

Seguíóle en el trono por elección, no por herencia por no convenir ni a la nobleza ni al clero, su hijo Liuva II, joven de veinte años que no tuvo tiempo de probar con hechos las excelentes cualidades que le encontraban los amigos agradecidos de su padre, los clérigos; porque apenas hubo reinado año y medio cuando se rebeló contra él el ya citado conde Viterico que le hizo prisionero, y después de cortarle la mano que había empuñado la espada, le mató. Este Viterico era el alma de la aristocracia díscola visigoda, que no quería soportar el yugo del clero, con lo cual queda explicado su rigor para con la Iglesia en los siete años de su gobierno, desde diciembre de 603, en que reemplazó a Liuva en el trono, hasta octubre de 610. Un autor posterior dice que restableció la religión arriana; lo cierto es que no permitió durante su reinado la reunión de ningún concilio. En sus repetidas campañas contra los bizantinos solo logró conquistar a Segontia (Gisgonza, junto al Guadalete). Su plan de amistarse con los merovingios casando su hija Ermenberga con Teodorico, sucesor de Gontram, hijo de Childeberto y nieto de Brunequilda, tuvo como otros casamientos análogos un triste resultado, porque la abuela excitó a su nieto tanto contra la esposa visigoda, por la cual se había visto obligado a sacrificar una manceba suya, que la devolvió al cabo de un año en 607 a su padre, doncella como la había recibido, pero sin el rico dote que había llevado a su esposo. Para

vengar el insulto se armó Viterico con dos otros reyes francos y el de los longobardos contra su yerno; pero este proyecto de guerra no se realizó, sin que se sepan los motivos, y poco tiempo después Viterico fué asesinado en un banquete, quizás por partidarios del clero (1). Le sucedió Gundemaro que reinó desde octubre de 610 hasta el 11 de agosto de 612. Era adicto al clero. Puso sitio a algunas plazas ocupadas por bizantinos, pero no obtuvo resultado. Escarmentó a los vascos por sus depredaciones, y socorrió con dinero y rogativas en las iglesias a Teodorico contra las hordas de los avaros gentílicos que amenazaban su país por el Este. Estas rogativas por la victoria de los pueblos cristianos sobre los infieles, son una de las primeras manifestaciones de la solidaridad de los pueblos cristianos. Se han conservado documentos de este rey, pero poco menos que indecifrabiles; otros son enteramente espúreos ó falsificados. Reemplazóle en el trono Sisebuto que reinó desde el año 612 hasta 620, y luchó con mucho éxito contra los bizantinos mientras sus generales Suintilia y Requila sofocaban diferentes sublevaciones en las montañas de Asturias y Vizcaya. El emperador Heraclio, ocupado en su país por los avaros, no podía auxiliar a sus tropas de España como el caso exigía; de suerte que costó trabajo a su lugarteniente Cesario, después de perder dos batallas, sostenerse en los castillos marítimos; porque el rey en todas partes se captó con su benevolencia las simpatías de los habitantes del territorio bizantino rescatando de su tesoro los prisioneros que sus tropas hacían y que en aquel tiempo eran botín del vencedor. La barrera entre romanos y godos había desaparecido al mismo tiempo que el arrianismo, y además debía coadyuvar a la victoria de los godos la poca simpatía que despertaba en el pueblo el gobierno bizantino. Así fué que por mediación de un obispo rescatado por el rey, un sacerdote, un romano y dos godos distinguidos que se les agregaron se llegaron a estipular las condiciones de paz y la cesión de grandes territorios; porque los bizantinos eran a la sazón todavía dueños de dos grandes provincias, una al Oeste del estrecho de Gibraltar hasta el extremo meridional de Portugal (el Algarbe), con Lacobriga y Osonoba, y la otra mayor al Este, que se extendía desde Colopona al Occidente, hasta Sucruna al Oriente. Esta parte fué la que el emperador Heraclio que conocía personalmente al rey visigodo, le cedió en 615-616; y en seguida fueron desarmados y arrasados muchos castillos de los mas inexpugnables y mas odiados por esta razón. Sisebuto estaba a la altura de la civilización y ciencia de su tiempo conforme lo afirma expresamente el obispo Isidoro de Sevilla que le dedicó una obra de filosofía. El rey era escritor a su vez; fué autor de la biografía de San Desiderio, obra conservada hasta hoy, y edificó la basílica dedicada a Santa Leocadia en Toledo. Su *Crónica de los Godos* se ha perdido por desgracia, y por desgracia, también, se han conservado sus dísticos bárbaros y sin gusto, que no deben perdonarse a ningún autor aunque fuera un rey y héroe como Sisebuto. Triste es la violenta pasión de la intolerancia religiosa que respiran las cartas de este príncipe erudito, cuya bondad y benignidad alaban sus contemporáneos, pero en cuyo reinado empiezan las fanáticas y en extremo bárbaras persecuciones contra los judíos que reemplazan en adelante a las primitivas contra los católicos, y a las sucesivas contra los arrianos, y que probablemente contribuyeron en gran parte a la ruina del país (2). Los judíos

(1) El pueblo arrastró su cadáver por las calles de Toledo, y le sepultó ignominiosamente fuera de los muros de la ciudad.

(N. del T.)

(2) Según dice nuestro historiador Lafuente, cuando se arreglaron con el patricio Cesáreo las condiciones de la paz con los bizantinos, fueron estas enmiendas para su aprobación al emperador de Oriente